

de movilizaciones posteriores, unida naturalmente al eterno reclamo de la democracia.

En los ochenta estos problemas se han agudizado a tal punto que no puede dejar de plantearse la cuestión de hasta dónde es válido seguir hablando de dificultades cuando tal vez ya se ha iniciado una verdadera “crisis de legitimación”.⁷

Evidentemente, existen múltiples aproximaciones a esta problemática: al hablar de legitimación estamos aludiendo a un proceso que se encuentra en la confluencia de fenómenos muy heterogéneos en los que la dimensión cultural es central. Una perspectiva interesante y muy amplia podría ser estudiar la interrelación entre legitimidad y legalidad, pues aunque la primera (referente al estado de derecho) es elemento sustancial de la segunda, no existe entre ambas una coincidencia total.⁸ Vale también la pena preguntarse qué cambios pueden darse en esta interrelación cuando, como en el caso de México, empiezan a agotarse otras fuentes de legitimidad. Para investigarlo, habrá que acudir a los referentes concretos de la legalidad y la legitimidad que se encuentran en la esfera de la cultura. En este sentido, las creencias, sentimientos, ideas y mitos que atañen directa o indirectamente al poder, constituyen un inmenso campo de cuestiones por resolver.

La cultura “objetiva” y “subjetiva” (empleo la clasificación de Simmel)⁹ ha estado, desde su nacimiento como idea, ligada a la vida social y política de los hombres. La idea de cultura alude “al espacio de lo humano”: vinculada en los románticos con la libertad como supremo valor humano y en la teoría crítica a la “alienación”; en los dos casos la cultura sólo se realiza a través de las relaciones de los hombres con los hombres, es decir, en la vida cotidiana que reproduce y crea las condiciones en las que se fundan las instituciones sociales y políticas.

Aurora Loyo

De la alborada roja a la perestroika

En octubre de 1987 la Revolución Bolchevique cumplía su 70 aniversario. Paralelamente a la conmemoración del gran acontecimiento histórico, los dirigentes de la URSS anuncian la puesta en práctica de una reestructuración sociopolítica encaminada a enderezar la dinámica interna de un país que, al exterior, ha intentado siem-

⁷ Véase Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

⁸ P. Bastid, et al., *L'idée de Legitimité*, Institut International de Philosophie Politique, Presses Universitaires de France, 1967.

⁹ Georg Simmel, *El individuo y la libertad*, (ensayo de crítica a la cultura), Ediciones Península, 1986.

pre mostrarse como consecuente pero que, ante el virtual resquebrajamiento de un socialismo de corte totalitario, se obliga ahora a asumir un ajuste de cuentas que hoy empieza con la aplicación de la *perestroika*.

Primer intento por llevar a cabo el proyecto prometeico de liberación, la Revolución Bolchevique constituye el gran ensayo histórico por instaurar la dictadura del proletariado y concretar la utopía socialista por la que apostaran los mejores hombres de nuestro tiempo. La Revolución de Octubre de 1917 es, también, el experimento realizado por quienes creyeron estar escenificando una de las tradiciones más nobles de la historia moderna: el socialismo. El derrocamiento del régimen zarista y el ascenso al gobierno del Consejo de Comisarios del Pueblo —presidido por Lenin— son hechos que, además de marcar en definitiva el devenir histórico del siglo XX, hicieron pensar en el despunte de la alborada roja, aunque más tarde se sabría —refiere Octavio Paz— que “ese resplandor que a nosotros nos parecía el de la aurora, era el de una pira sangrienta”.

Contra las previsiones de la teoría marxista que señala el advenimiento del socialismo en los países desarrollados, éste surge en una nación atrasada económicamente, semifeudal, devastada por la guerra civil, pero empeñada en establecer la justicia social. Controlar la economía por medio de la acción política fue una de las primeras medidas adoptadas por la nueva clase gobernante para demostrar que la superioridad del socialismo residía en la posibilidad de organizar la producción más eficientemente que el capitalismo.

Determinadas entre 1918 y 1921, las líneas generales del Estado bolchevique subrayan la necesidad de emprender una campaña en pro de la industrialización que propiciara un rápido cambio en la URSS para que ésta se convierta en un moderno país en el que, como objetivos simultáneos, coincidieran el poderío militar y la prosperidad material.

Así, en la década que va de 1920 a 1930, la Unión Soviética observa un proceso de acelerada industrialización y colectivización que, a marchas forzadas, comprendió la conversión de campesinos —entonces el 85 por ciento de su población total— en trabajadores industriales.

En 30 años —hacia 1947, luego de haber instituido los planes quinquenales, tras el auge de la Nueva Política Económica (NEP) que salvó a Rusia de la gran crisis que sucedió a la guerra civil— la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas ocupaba el segundo lugar como país más industrializado del mundo, y el primero en algunos procesos tecnológicos de avanzada, lo que significa, quizá, lo más trascendente de la Revolución Bolchevique.

Desde el principio, el programa de Comisarios del Pueblo fue categórico en cuanto a la estrategia que debía seguirse: “asegurar un incremento general de las fuerzas productivas del país” era lo prioritario. Cualquier otra consideración, se asentaba, debería subordinarse a un fin práctico: “el rápido aumento, por todos los medios posibles, de la cantidad de bienes que la población necesita con urgencia”. Para ocu-

parse de la calidad, se sobreentendía, era preciso que primero fuera suficiente la calidad.

Pese a los logros obtenidos en el terreno económico, no obstante el entusiasmo despertado por esa primera revolución que emergía como resultado de una lucha librada por siglos por los trabajadores, en aras de la libertad, la paz, la justicia social, en contra de la opresión clasista, nacional y espiritual, es clara la contraposición entre la teoría clásica marxista y la práctica, lo protagonizado por quienes, en 1917, intentaron rebasar la historia. Mientras para Marx y Engels el socialismo es la etapa más alta de desarrollo social, a la que se accede *después* y no *antes* del capitalismo y la industrialización, los leninistas pretendieron un vuelco total: asumieron al socialismo como un método para la industrialización, olvidando que éste “multiplica y hace más racional la producción y la distribución en la sociedad industrial, pero no tiene por misión crear a la industria”.

Traicionada casi desde el comienzo —para 1918 se había fundado ya la Cheka (policía política) por órdenes expresas de Lenin, además de haberse creado los campos de trabajos forzados—, la Revolución de Octubre hizo del trabajo correctivo y del stajanovismo —consistente en elevar gradualmente las normas laborales sin aumentar el salario— las espuelas de la industrialización.

Los llamados centros de “reeducación por el trabajo”, a los que una persona podía ser enviada por sentencia judicial o por decisión de la NKVD cumplían, entonces, una función económica: al transformar el sentido de la pena, el condenado se convierte en un instrumento útil en manos del Estado para el que, en este contexto, lo esencial era concretar una política económica para la que no bastaba obtener el cien por ciento de rendimiento productivo. Bajo esta perspectiva, se debía ir más allá de las propias estructuras económicas, pese a que el proceso de industrialización implicara pagar éste literalmente con sangre.

Lo anterior, por otra parte, prueba la existencia de un vasto sistema represivo que se apuntala en el trabajo forzado de millones de seres. Durante el periodo staliniano, la población de estos campos llegó a sobrepasar los 15 millones, y aunque esta cifra disminuyó con la reforma liberal implantada en 1965 por Nikita Jruschov, hacia 1974 oscilaba entre uno y dos millones de personas, de las cuales, según especialistas en la materia, sólo unas diez mil podían ser consideradas como presos políticos. El resto estaba conformado por delincuentes comunes.

La existencia innegable de los campos de concentración rusos, pero también la exageración de las tendencias autoritarias del marxismo que, sobre todo con Lenin y Stalin, vinieron a suplantar la idea de la dictadura del proletariado por la dictadura del partido bolchevique y la posterior instauración de la dictadura del Comité Central sobre el partido, ponen en entredicho la validez del experimento social más importante del siglo XX.

Si el leninismo fue la primera gran quiebra de la tradición democrática del socialismo, lo llevado a cabo por Stalin —la caza de los kulaks, los procesos de Moscú, entre otras aportaciones— evidencia que el proceso revolucionario sufrió una involu-

ción para, expropiado por la burocracia política del PCUS, terminar en la configuración de una sociedad soviética caracterizada por una estructura jerárquica y autoritaria.

“Pero es inexacto decir —afirma Paz— que la experiencia soviética condena al socialismo. La planificación de la economía y la expropiación de capitalistas y latifundistas no engendra automáticamente el socialismo, pero tampoco producen inexorablemente los campos de trabajos forzados, la esclavitud y la deificación en vida del jefe. Los crímenes del régimen burocrático son suyos y bien suyos, no del socialismo”. Fueron los comunistas quienes acabaron con la revolución al someterla a sus dictados y convertir a la ingente población revolucionaria de activa en pasiva y, en el peor de los casos, en carne de campos de concentración. Fueron ellos quienes, al monopolizar el poder económico y político provocaron, antes que la revolución democrática burguesa o el socialismo, la implantación de una ideocracia totalitaria.

Críticas a estas desviaciones se han dado desde que se tuvieron los primeros indicios del sistema represivo fundado por los bolcheviques en 1918. Ante una realidad que resulta inexcusable ignorar o callar, en 1936, luego de un segundo viaje a la URSS, André Gide cuestionaba la exigencia de sumisión y conformismo a la sociedad soviética. En esa época, quienes no se declarasen satisfechos eran tachados de trostkistas. “Dictadura del proletariado nos prometían. Estamos lejos de la cuenta. Sí, dictadura, evidentemente; pero la que de un hombre y no la de los proletarios unidos. Conviene no caer en engaño, y menester es reconocer simplemente: eso no es lo que queríamos. Un paso más y hasta diremos: esto es exactamente lo que no queríamos”.

Casi 40 años más tarde —en 1977— Edgar Morin interrogaba: “¿Debe ocultarse el fenómeno de los campos de concentración o decir que se trata de un accidente, una contingencia, algo extraño a la naturaleza del régimen soviético? ¿El término totalitario debe seguir siendo considerado como inadecuado para definir a la URSS o a China? ¿No hay que examinar de nuevo la palabra socialismo? Si uno afirma ser *realmente* socialista, ¿no hay que decir que el régimen soviético no es socialista?”.

No obstante el riesgo de ser catalogados como reaccionarios o anticomunistas, quienes proponen la revisión del marxismo basándose en la experiencia soviética coinciden en que ninguno de los socialismos conocidos hasta ahora es socialista. En las revoluciones posteriores a la de octubre de 1917 se ha venido reproduciendo el mismo esquema: el comunismo ha seguido jugando el papel de vanguardia de la contrarrevolución al no aceptar el libre juego de la democracia directa y autogestión que espontáneamente es creado por el pueblo cuando derroca al Estado. Así las cosas, una de las tragedias mayores del siglo XX radica en que las revoluciones no han ocurrido ahí donde la teoría las esperaba —en los países avanzados— sino en la periferia, en naciones con un capitalismo incipiente y con estructuras políticas arcaicas, como la Rusia zarista y o el antiguo imperio chino.

Ahora, a 70 años de la Revolución de Octubre, tras el corto periodo de la desestalinización dado con Jruschov, la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas intenta

llevar a cabo una reestructuración social, política y económica que le permite enmendar errores del pasado al tiempo que se ahonda y amplía la democracia en el país. En palabras de Mijail Gorbachov, desde 1985 principal promotor de la *perestroika*, ésta surge de la necesidad de superar el ritmo económico que, entre 1970 y 1980, descendió hasta un nivel en que empezaba ya el estancamiento. Puestos en “el deslinde”, aumentó el desnivel de la economía soviética respecto a otros países industrializados en cuanto a la eficacia de la producción y la calidad de los artículos, así como en relación al progreso tecnocientífico. El desarrollo de la economía adquirió entonces un carácter malsano; en los tres últimos quinquenios no se alcanzaron las metas del plan tocantes a incremento de la producción y su eficacia, mientras que los gastos salariales superaron con regularidad los presupuestos establecidos por el plan. Por consiguiente, determinada parte del dinero se ha venido pagando sin ninguna relación con los resultados finales del trabajo y la situación se ha complicado, existiendo escasez de todo. Resulta entonces imprescindible introducir cambios sustanciales en la estructura económica que, además, deriven en la observancia del principio socialista de distribuir a cada cual según su trabajo.

Ingresar al siglo XXI con renovadas fuerzas productivas, con nuevas formas económicas y relaciones de producción, con un nuevo sistema de dirección y un nuevo mecanismo económico, tal es el objetivo de la *perestroika*.

Si en materia económica los propósitos parecen estar claros y encaminados todos a la renovación industrial, en el aspecto político los alcances de la *perestroika* se vislumbran restringidos. Gorbachov no parece estar convencido de que la remodelación social deba necesariamente pasar por la democratización completa del partido; esto es, por la desburocratización en todas sus instancias.

El proceso que ahora tiene lugar en la URSS “depurará nuestra sociedad que, así, adquirirá una calidad humana fundamentalmente nueva en bien de los trabajadores”, ha dicho el secretario general del Comité Central del PCUS. No obstante, la destitución en noviembre de 1987 del jefe del Partido Comunista en Moscú, Boris Yeltsin (por las críticas a los resultados de la *perestroika* que, según él, nada aporta al pueblo) es un indicador de lo que puede esperarse de una reforma instrumentada desde arriba en el interior de un sistema político-económico que hoy obsoleto, nació con Stalin e hizo crisis con Brezhnev.

Virtualmente entrampados, pese a la reforma de Jruschov y a la especie de *perestroika* planteada por Andropov en 1982, a partir de la cual el sucesor de Brezhnev insistía en el imperativo de reestructurar el país con base en dos campañas fundamentales: contra la corrupción y el alcoholismo, los dirigentes soviéticos enfrentan hoy un reto crucial: gobernar con y para el pueblo para que así el socialismo deje de ser una eterna prórroga y reivindique, por fin, la validez de un proyecto histórico que, sin precedentes hasta 1917, “había encendido la cabeza y el corazón de los mejores hombres de nuestro tiempo”.

Laura Guillén